

## ***Los fáusticos dilemas de la izquierda española y la alquimia ideológica de la Transición***

Comentarios a propósito del libro del profesor **Juan Antonio ANDRADE BLANCO**. *El PCE y el PSOE en [la] transición. Le evolución ideológica de la izquierda durante el proceso de cambio político*. Prólogo de Josep Fontana. Madrid: Siglo XXI, 2012, 443 págs.

**Raimundo Cuesta** (Catedrático de IES y Fedicaria-Salamanca).

“Los tiempos pasados, amigo mío, son para nosotros un libro de siete llaves”  
(Goethe, *Fausto*, I, Madrid: Cátedra, 1998, 126)

### **-El contexto interpretativo**

En la tradición literaria occidental el doctor Fausto encarna un arquetipo que ha conquistado merecida fama gracias al incesante impulso humano, por encima de fronteras y barreras, hacia el placer y el conocimiento. De ahí que, en esa suerte de inconsciente colectivo que se materializa en los usos del lenguaje, sea lugar común aquel fáustico y dramático pacto de “vender el alma al diablo”, cuya figura expresiva sirve hoy para designar procesos históricos de corte lampedusianos, tales como los se desencadenaron con motivo de la transición a la democracia en la España postfranquista.

El libro que comentamos, excelente por muchas razones, ahonda precisamente en la operación de trasmutación ideológica de los dos principales partidos de izquierda, PCE y PSOE, durante los años 1975-1982, como resultado de su progresiva entrega al dictado del Mefistófeles capitalista (la aceptación del orden establecido como exigencia y promesa de acceso al poder) y, en consecuencia, como cultivo del más prosaico pragmatismo. La renuncia al leninismo en el PCE en 1978 y la expulsión del marxismo del programa del PSOE serán, por consiguiente, las principales manifestaciones elegidas por el profesor Andrade Blanco, para dar cuenta de este *ideology turn* de los dos principales partidos de la tradición marxista y obrerista, que estaría ocasionado principalmente por el progresivo deslizamiento desde planteamientos de ruptura

democrática hacia otros basados en la negociación entre elites franquistas y antifranquistas de la Transición, pero que, a su vez, sería responsable e inspirador, *velis nolis*, de esa vía pactista finalmente triunfante. Por tanto, el libro podría leerse como una demostración de que la senda española hacia la democracia fue provocada por circunstancias históricas determinadas, al tiempo que inducida por las propias mutaciones ideológicas de la izquierda de estirpe marxista, de modo que la retorta en el seno de la que se fraguó la transformación de la dictadura en democracia estuvo compuesta simultáneamente por circunstancias y voluntades, contextos históricos y designios humanos.

De lo dicho hasta aquí bien se colige que este magnífico libro, hijo de una tesis doctoral presentada en la Universidad de Extremadura en 2010, se inscribe en la tendencia historiográfica, renacida en los espacios del pensamiento de izquierda actual, a poner en solfa “el mito de la Transición”, para emplear el título de la obra de Ferran Gallego (Barcelona: Crítica, 2008). Sin embargo, durante mucho tiempo pervivió el molde interpretativo hegemónico elaborado en los años de la Transición y afianzado en las décadas siguientes en virtud del cual se convierte al periodo histórico comprendido entre 1975 y 1982 en una benéfica y consensuada leyenda fundadora de la nueva democracia española. El trasfondo mental del que se nutre tal mitología, a cuya erosión contribuye el libro del profesor Andrade Blanco, es la percepción y difusión de una concepción histórica optimista según la cual España, gracias a la Transición y a la posterior entrada en Europa en 1986, dejaba de ser una anomalía y se convertía en un “país normal”. Si hablamos de historiografía, el paradigma del tal especulación podría rastrearse en el libro de J. P. Fusi y J. Palafox (*España 1808-1996: el desafío de la modernidad*, Madrid: Espasa-Calpe, 1997) o en los trabajos de algunos hispanistas, como J. Pérez o D. Ringrose, o también en los hercúleos esfuerzos de Santos Juliá por expulsar de España la imagen doliente y pesimista del fracaso. Si, en cambio, hablamos de política pura y dura la quintaesencia de este sentir y vivir optimista se resumía en el lema aznarista: “España va bien”. No obstante, desde el paso de un siglo a otro, y tras la mayoría absoluta del PP en el 2000 y los correspondientes fiascos electorales del PSOE, se aprecia un deterioro de la imagen unitaria de la Transición y de la Constitución de 1978, que deja de ser un ecosistema político compartido para devenir en un legado patrimonializado sobre todo por la derecha, al punto de que ésta se vale de

la operación que llevó al acuerdo constitucional para limpiar su pasado antidemocrático en el río de la desmemoria histórica.

Por lo tanto, la obra que analizamos es una consecuencia, brillante sin duda, de la quiebra de los añejos consensos políticos e historiográficos, y además posee el mérito de poner el acento crítico en las responsabilidades ideológicas y operativas de los partidos de la izquierda tradicional (PSOE y PCE). Responsabilidades que, dentro de un trabajo académico irreprochable, se incluyen dentro de una concepción crítica de la profesión historiográfica, merced a la cual no se confunden las labores de Clío con la mera descripción notarial de lo que pasó como un destino ineluctable, sino que se busca explicar las acciones del pasado en tanto que apuestas y elecciones de agentes humanos dentro de distintos horizontes y gamas de posibilidades. Así, el autor evita incurrir en la típica explicación *ex post facto*, en ese falaz y frecuente “determinismo retroactivo” según el cual la causa de todo lo que ocurrió reside en lo que pasó al final. O sea, tomar el rábano por las hojas.

### **-El contenido**

Como se dijo, la obra de Juan Antonio Andrade es el resultado de una tesis doctoral presentada en la Universidad de Extremadura. El autor, vinculado actualmente como docente a dicha universidad (como profesor de didáctica de la historia en la Facultad de formación del profesorado), pertenece también dentro de la misma al Grupo de Estudios sobre Historia Contemporánea y al Seminario de de Historia del Tiempo Presente, ámbitos donde concurren inquietudes historiográficas de nuevo tipo como han sido los análisis del discurso, de la imagen, de los testimonios orales, etc. En su caso, se elige un análisis en el que se disecciona la ideología como un todo multidimensional compuesto por tres aspectos o, siguiendo a Koselleck, “estratos semánticos” (conjunto de ideas, instrumento de enfrentamiento social y como forma de representación simbólica de la práctica). La tesis envolvente y transversal a la investigación es formulada desde el principio: “la dinámica política de la Transición fue una tentación constante para la moderación de la izquierda. El fracaso de la «ruptura» primero, la dinámica del consenso después, la gestión interesada de la memoria histórica de la Guerra Civil que se hizo durante el proceso y los cambios frenéticos en el escenario político nacional al final de esta etapa fueron alicientes para su contención y desnaturalización ideológicas”

(pág. 21). Así pues, “contención” y “desnaturalización” constituyen los dos rasgos esenciales del peculiar camino de la alquimística trasmutación ideológica de las elites dirigentes del PSOE y del PCE hacia la democracia.

El libro se inaugura con un breve prólogo de Josep Fontana en el que muestra su coincidencia con las tesis del historiador extremeño a la par que ahonda en la idea de que de aquellas lluvias de dejaciones vinieron los actuales lodos de la democracia española. Nada especial a no ser su valor por lo que significa de reconocimiento y revalidación de las tesis del profesor Andrade a cargo de uno de los más conspicuos y brillantes miembros de la comunidad historiográfica a la que pertenece.

Por lo demás, este extenso ensayo sobre la Transición, a pesar de mantener la mayoría de las convenciones historiográficas al uso (excepto la de un deseable e inexistente anexo onomástico), se compone de una introducción, siete capítulos y un apartado de fuentes y bibliografía. Arranca, pues, con un capítulo 1 dedicado al “marco conceptual”, donde, por así decirlo, siguiendo las pautas académicas al uso, el autor muestra, la “teoría”, que, sin embargo, siguiendo a P. Bourdieu, quizás debería ser “como el aire que se respira”, es decir, estar en todas y en ninguna en especial. En realidad, el doctor Andrade Blanco trata de exponer lo que entiende por “ideología”, ya que su análisis se centra en esa esfera de la vida social, esto es, en las concepciones del mundo que comprenden planteamientos teóricos, principios éticos y tradiciones culturales, o sea, formas de racionalidad de carácter distinto a las propias de la ciencia pero no necesariamente contradictorias con ella. Lo cierto es que nos propone una especie de semántica conceptual ecléctica, tomada de distintas tradiciones de pensamiento social, donde “ideología” se situaría entre la falsa conciencia de la tradición marxista (que todo lo explica) y la versión posmoderna que niega y relativiza la “verdad” de toda proposición discursiva. Andrade opta por una versión “multifuncional” de ideología, que constituiría un todo compuesto por aspectos y funciones múltiples. Ese esfuerzo encomiable de clarificación inicial no deja de ser interesante y discutible, aunque el posterior uso de esa malla conceptual en el resto del libro no deja de dominar el uso como “conjunto de ideas”, que sobresale por encima de otras dimensiones y significados. De ahí que, como él mismo expone, la intención de libro radica en contraponer las “naciones que salieron triunfantes” frente a “las ideas que salieron derrotadas en la transición” (pág. 53). Por lo dicho hasta aquí, el lector o lectora de estas

líneas ya habrá imaginado que el autor, siguiendo el *dictum* benjaminiano, se pone de lado de los vencidos

El resto de los capítulos obedece a una doble lógica: narrativa cronológica. El capítulo 2 (*La izquierda en [la] transición: de la lucha antifranquista al cambio ideológico*) y 6 (*La izquierda en [la] transición: fin de trayecto y cambio de ciclo*) siguen el esquema de una hábil y entretenida narración de los viajes programáticos y políticos del PSOE y el PCE desde el tardofranquismo hasta 1982, año del clamoroso triunfo del primero y de la desastrosa derrota del segundo. En ese camino paralelo hacia el éxito parlamentario de uno y el fracaso del otro se asistirá a un progresivo abandono de la cultura de sus respectivas tradiciones políticas, lo que el profesor Andrade sintetiza en los respectivos virajes hacia el abandono del leninismo en 1978 por un PCE que se torna “eurocomunista” y la negación del marxismo en 1979 por un PSOE que acaricia la posibilidad de acceder al gobierno. En ambos casos el reblandecimiento ideológico obedecería a planteamientos tácticos de las direcciones de ambos partidos más que a necesidades estratégicas de nuevo cuño. En una palabra, el debate sobre el marxismo o el leninismo fue una especie de camuflaje de operaciones de poder y metamorfosis coyunturales entendidas, a menudo, como meras operaciones de *marketing* político de las cúpulas dirigentes (al respecto resultan muy ilustrativas cómo Santiago Carrillo, en un viaje a EEUU., y Felipe González, en una reunión de empresarios, anuncian, al margen de sus respectivos camaradas, su intención de desprenderse de lastre ideológico (el leninismo y el marxismo, respectivamente). En cualquier caso, el hilo de un relato ágil mantiene el interés dramático del decurso de los dos partidos hacia la reforma pactada, aunque la pintura de las peripecias de tales virajes (el inicial “radicalismo” del PSOE frente a la moderación comunista) a veces rozan el tipo de explicaciones *ex post facto* tan habituales en los cultivadores de Clío. Lo cierto y verdad es que, creada la “Platajunta” en marzo de 1976, pronto sus componentes se plegaron a la vía negociadora y reformista. Desde luego, sostiene el profesor extremeño, esa fue la vía adoptada por el PSOE desde el principio y algo más tarde por el PCE. La renuncia de éste a la ruptura democrática, dice Andrade, es un problema historiográfico sin aclarar del todo, aunque cita el testimonio G. Morán (*Miseria y grandeza del Partido Comunista, 1939-1985*. Barcelona: Planeta) según el cual antes de verano del 76, o sea, a poco de la formación del organismo unitario de la oposición democrática, la fe de la dirección comunista en la ruptura democrática estaba herida de muerte, lo que, más o

menos corroboran (a falta de actas de las reuniones del PCE) otros testimonios como las recientes memorias de R. Tamames (2013). Sea como fuere, en los dos capítulos se describe solventemente y se exponen brillantemente las causas de un hecho decisivo para la historia posterior: que durante la Transición democrática los mismos partidos de izquierda sufren una profunda metamorfosis como respuesta a un proceso abierto e incontrolado al que se dio una respuesta oportunista y coyunturalista, que en el caso del PSOE le alzó al poder y en el del PCE le hundió en la irrelevancia parlamentaria. Sin duda, los factores internos fueron causas actuantes, pero, en mi opinión, creo que habría que enfatizar mucho más en la crisis de la izquierda ante el declive del Estado de bienestar, la recomposición del capitalismo tras la crisis de los años setenta y la total deslegitimación de las experiencias de socialismo real a la soviética. Al fin y a la postre, la transición fue una trituradora de las ideas y esperanzas de la vieja izquierda, no muy consciente de lo que estaba ocurriendo: la fáustica venta del alma al capitalismo y a la aceptación de la triunfante distopía de la modernización.

Por el contrario, los capítulos 3 (*Los intelectuales*), 4 (*Los militantes de base*) y 5 (*El cambio ideológico en los medios de comunicación*) obedecen a un criterio que busca la selección de vetas temáticas a modo de profundización en la trama narrativa del proceso, exponiendo el papel de tres agentes que, de alguna manera, participaron en la mutación ideológica de los partidos de izquierda de la época. En cuanto a lo intelectuales, ya Gramsci solía distinguir entre la dimensión universal propia de todos los seres humanos pensantes y la parte de la sociedad que además *tiene una función intelectual*. Esta parte, como reconoce el profesor Andrade Blanco, en España había estado tradicionalmente alejada de la tradición marxista y su aportación a este continente teórico había sido meramente epidérmica. Sin embargo, durante la oposición antifranquista, sobre todo en el caso del PCE, hay una muy cuantiosa incorporación de intelectuales ganados por un marxismo que se comprendía como arma arrojada contra la dictadura. Así, también en el PSOE, el marxismo se convierte en un instrumento ideológico de resistencia antifranquista, que en el curso de la Transición se irá deshaciendo cual azucarillo en agua. Este capítulo, pues, tomando como base textos escritos (correspondencia, fragmentos de libros, prensa, etc.) sirve de ilustración de cómo las minoría cultas de dos partidos de tradición obrera intervienen en los debates y se oponen o prefiguran los virajes hacia el eurocomunismo en el PCE e incluso hacia la socialdemocracia y el neoliberalismo en el PSOE. Por ejemplo, apunta Andrade Blanco

las resistencias en el PCE de gentes como Manuel Sacristán, uno de los pocos teóricos marxistas de relieve, y otros al giro eurocomunista y a la política de consenso mantenida por la dirección. Se muestra así mismo cómo la política de alianza entre las fuerzas del trabajo y la cultura no se trasladó al interior del aparato partidario y quedó, pasado el fuerte impulso antifranquista, en un *flatus vocis*. El desgarro del PCE tras las elecciones generales de 1979 y 1982 supuso la desbandada de un universo intelectual comunista que, por otra parte, en Europa también había sufrido su particular destrozo en los años setenta. En el caso del PSOE, el marxismo fue durante un tiempo enseña para rivalizar en radicalismo con el PCE y, a pesar su predominancia en el aparato de formación encabezado por Gómez Llorente, en 1979, tras los dos congresos (uno ordinario que, frente a la posición de F. González, mantiene el marxismo y otro extraordinario que lo retira, recuperando así la figura de su líder carismático) desaparece casi de la vida partidaria y se sustituye por una socialdemocracia con trazas de corte neoliberal, representada por intelectuales como L. Paramio o J. M. Maravall, forjadores, entre otros, de la hegemonía del pensamiento pragmático que sustituye el problema del capitalismo, de la desigualdad y el reparto de la riqueza por el logro del desarrollo económico dentro de un proceso modernizador.

El capítulo 3 (*Los militantes de base*), sin embargo, promete mucho más de lo que realmente nos da. En efecto, el autor había anunciado tempranamente, en la introducción, su intención de “prestar atención a la mayoría de sus protagonistas, sobre todo aquellos tradicionalmente marginados de las crónicas de los partidos: a los militantes de base. La historia de los partidos políticos ha sido habitualmente una historia reducida a su elites” (pág. 21). Pero para superar este planteamiento no basta con lo que se hace en este capítulo, que se limita a analizar los programas de formación doctrinal de la militancia y algunas de las cartas enviadas a la prensa partidaria por algunos afiliados que se situaban a favor o en contra de los respectivos virajes programáticos de ambas formaciones políticas (fin del leninismo y fin del marxismo). Ciertamente, aunque la información aportada resulta pertinente y útil, dista mucho de confirmar, por la vía de las fuentes y el método utilizado, el tipo de análisis propio de una “historia desde abajo”, que sin duda hubiera precisado testimonios más vinculados a la experiencia personal y a la memoria de los protagonistas, encuadrados en un tipo de descripción, que los etnógrafos han dado en llamar “densa” y que estaría cerca de esa “historia viva” que reclamara el profesor J. Aróstegui. En cualquier caso, el capítulo

muestra cómo los cambios ideológicos afectan a la experiencia vivida, la identidad y a los horizontes de expectativas de la gente común, y cómo los que entonces se produjeron, en realidad, fueron cortinas de humo impulsadas desde las cúpulas dirigentes para encauzar un proceso pactista e inmediateista. Desde luego, el autor sí demuestra que cuando se discutía de “leninismo” o “marxismo” era otra cosa la que se jugaba.

La tercera veta seleccionada por nuestro historiador corresponde al capítulo 5 (*El cambio ideológico en los medios de comunicación*), donde se reseña el importante papel desempeñado por la prensa escrita diaria (ABC, Ya, El País, Diario 16, La Vanguardia y Arriba) en la tarea de progresivo encauzamiento de la izquierda hacia la moderación y el consenso. Resulta paradójico, dice nuestro autor, “que los idearios que mayoritariamente habían conformado el movimiento social de oposición a la dictadura en la clandestinidad no fueran asimilados en la incipiente democracia por ninguno de los periódicos de gran tirada del país” (pág. 320). De esta forma, independientemente de sus muchos matices ideológicos, la prensa actuó como un bloque monolítico y cerrado al servicio del modelo consensual que finalmente se impuso. Es más, sus formas de hacer contagiaron a los dos partidos de izquierda que no tuvieron reparo en instaurar el culto al liderazgo carismático, el uso de la superficialidad argumentativa y el abuso del *marketing* electoral. Así pues, aunque la Transición conoció la interesante comparecencia de una esfera pública democrática hasta entonces desconocida (conceptualización que el autor toma de Habermas), el sistema de poder mediático contribuyó a erosionar el mensaje doctrinal de la izquierda y reconvertirlo en una parte de la sociedad del espectáculo (conceptualización de G. Debord que completaría el vivo retrato de este capítulo). Otra vez aquí los debates partidarios sobre el leninismo, el marxismo y, sobre todo, el abandono provisional de la dirección del PSOE por Felipe González muestran la fortaleza pétrea de un pluralismo limitado y de unas coincidencias más que sospechosas. Quizás al análisis ideológico de la prensa por parte de Andrade se hubiera enriquecido con una introspección sociológica de las voces de sus amos, de los lugares desde donde se forjó la hegemonía de un discurso plano y casi unánime sobre en qué debía consistir el cambio social.

Por último, en capítulo 7, el autor procede a realizar una recapitulación y unas conclusiones, seguidas de una relación de fuentes y bibliografía. Se agradece el esfuerzo



de síntesis final en un libro de más de cuatrocientas páginas, por lo que ha de perdonarse lo que este capítulo postrero pueda tener de repetitivo. En él se subraya la tesis central de la proclividad hacia la moderación ideológica de los dos partidos de izquierda como una consecuencia de sus tácticas inmediatistas en relación al poder. En el balance final, la alquimia ideológica de la Transición ocasionó una profunda metamorfosis de ambos partidos con desiguales consecuencias: supuso la destrucción y automutilación del PCE, de lejos la principal fuerza antifranquista, y el ascenso imparable del PSOE a costa de propagar un discurso sobre la modernización que nada tenían que ver con la larga tradición marxista de los partidos obreros. De esta forma, así se dejó la vía expedita al “descreimiento, la tecnocracia y el eurocentrismo” (pág.398). Y, al final, la permanencia en la OTAN, obra del supremo alquimista.

### **-Valoración y apostillas varias**

El conocimiento es, por definición, selectivo. Recientemente P. Burke (*Historia social del conocimiento. II. De La Enciclopedia a la Wikipedia*. Barcelona: Paidós, 2012, pp. 179 y ss.) completaba esta idea con otra: el creciente interés en la historia del conocimiento por la «agnotología» como campo emergente, es decir, por el estudio de la ignorancia y el rechazo de unos conocimientos sobre otros. *Mutatis mutandis*, esta nueva sensibilidad por lo que se ha perdido, por lo que no triunfó, por lo que quedó orillado en las cunetas de la historia, coincide con lo que pretende el autor de este libro tan atento a las ideas políticas de los vencidos en los tiempos de la Transición. A unas y otros, en cierto modo, rinde homenaje desde una actitud de flexibilidad, esto es, desde la posición de un sujeto historiográfico que, empapado del objeto de su investigación, sabe desde dónde habla. Y además, como ya sugerimos, lo hace con un eficaz y ágil estilo narrativo, seña de identidad del buen historiador, más que, como desean y propugnan los seguidores del giro lingüístico, propiedad y esencia específica del género historiográfico.

No obstante, la relación del autor con el posmodernismo historiográfico es más bien escasa y muy elusiva. La dimensión lingüística de la ideología queda más bien relegada a la condición de presupuesto intangible. Desde luego, el fenómeno de la posmodernidad quizás merezca algo más que desprecio. La original teorización sobre el posmodernismo en la obra de F. Jameson, que se cita de pasada, (véase su precursora

obra de 1984, *El posmodernismo o la lógica del capitalismo avanzado*, de la que hay ediciones castellanas en Paidós), se inserta en una visión marxista renovada, y nos sugiere que la posmodernidad no puede ser despachada de un plumazo en nombre de no se sabe qué ortodoxia porque los virajes culturales y metodológicos, ocurridos desde los años ochenta, son parte de una lógica de la modernidad impugnada, la llamada “posmodernidad”, que, en realidad, representa la pauta de la producción cultural de nuestro tiempo (de la cultura crítica y de la dominante), correspondiente a una nueva etapa del capitalismo postfordista. Tampoco las relaciones entre ideología, formas de dominación y sometimiento de la subjetividad quedan siquiera esbozadas cuando es un tema capital en el que resulta casi inevitable toparse con M. Weber (formas de dominación) y con M. Foucault (“dispositivos” y tecnologías de subjetivación). Ciertamente, como ocurre tan frecuentemente entre historiadores, tan apegados al mandato empírico, se maneja una caja de herramientas que muestra un déficit de teorías sociales de gran poder explicativo, tales como la de los campos y los *habitus* de P. Bourdieu, o, por citar otra, los dispositivos foucaultianos de subjetivación. Echamos en falta una consideración de la ideología como un campo de fuerzas dentro del espacio social. En España F. Vázquez García (*La Filosofía española. Herederos y pretendientes. Una lectura sociológica, 1963-1990*. Madrid: Adaba, 2009) ha ensayado con notable acierto la disección del campo filosófico español. El campo político-ideológico de la era de la Transición es una tarea pendiente, que bien podría emprender un fino historiador con el buen oficio de Andrade Blanco. Desde luego la aplicación de tales instrumentales heurísticos enriquecería sin desmentir, empero, el esfuerzo explicativo y los resultados obtenidos por el autor del trabajo que comentamos.

Por otro lado, entre los politólogos españoles no es fruto desconocido la historia conceptual de la Escuela de Bielefeld (nuestro autor menciona el número 53 monográfico de 2004 dedicado por la revista *Ayer* al tema) y el giro contextual de la Escuela de Cambridge. De la primera, el profesor Juan Antonio Andrade apenas extrae una leve mención a los estratos semánticos de R. Koselleck. Pero el objeto de su trabajo se prestaría de manera magnífica a realizar una genealogía de los conceptos, entre ellos, los de “marxismo” y “leninismo”, porque, como diría Foucault, toda verdad tiene su historia, y los conceptos se configuran históricamente con diversos ritmos de creación, mutación y aceleración, pero siempre en relación con el mundo de posibles de la experiencia histórica de una época y con del horizonte de expectativas con los que esos

conceptos permiten pensar el futuro. Complementaria de esta perspectiva es la historia de las ideas políticas preconizadas por el llamado “giro contextual” defendido, entre otros, por Q. Skinner o J. G. A. Pocock (véase de este último su reciente *Pensamiento político e historia. Ensayos sobre teoría y método*. Madrid: Akal, 2011), que analizan los textos del pasado como consecuencia del contexto de posibilidades categoriales, expresivas y retóricas de cada época y no como una sucesión en cadena donde se van produciendo ideas originales e influencias y desembocaduras de unos autores en otros. Así se impugna la típica interpretación descontextualizada y, por tanto, anacrónica, por ejemplo, de la *Republica* de Platón, de la que a poco que nos esforcemos en interpretarla con categorías del presente seguro que nos sale el pensador “totalitario”.

En una palabra, faltan algunas de las reflexiones que apuntan a los vínculos históricos entre conocimiento y poder, y el trabajo se vería mejorado con los instrumentales de los estudiosos de la historia conceptual y de las ideas políticas. Esto último garantizaría una hermenéutica más fructífera y refinada de las fuentes principales empleadas, que son textos escritos. Sin duda, el tipo de fuente puede ser mejorable en función del enfoque teórico de la investigación. Ciertamente, se abunda en exceso en la fuente escrita, lo que choca en parte con una investigación que reclama una historia social desde abajo. Y, desde luego, el libro sucumbe a la ley de la desigual intensidad de las partes que lo componen. El intento de mezclar capítulos narrativos en sentido diacrónico con otros temáticos no se resuelve del todo bien. Desde luego los capítulos temáticos (los referidos a los intelectuales, militantes y prensa escrita) bien podrían albergar o dar pie a la generación de distintas monografías. Y, por añadidura, si tomamos como base el testimonio de los militantes, recurriendo a la historia oral y otras aproximaciones semejantes, quizás podría pergeñarse una obra histórica más coherente con los postulados metodológicos que impregnan el discurso declarativo del historiador extremeño.

Para finalizar estas leves apostillas, sería oportuno dejar siquiera sugerida la idea de que en la explicación del cambio ideológico que aporta Andrade Blanco el factor internacional (y no me refiero solo ni principalmente al papel decisivo de la embajada de Alemania y la de EE.UU. en los giros de los principales alquimistas) queda desvaído, cuando no opaco, siendo así que, en nuestra opinión, lo que ocurrió en España en los años setenta más que ser, como suele afirmarse a la ligera, una parte de una ola

democratizadora, tiene que ver con un profundo proceso de recomposición estructural en los países del capitalismo tardío. Los setenta significan una cesura entre las décadas de expansión de la posguerra mundial y una nueva fase de divergencia social, de desmantelamiento de la clase obrera y de declive ineluctable de las experiencias de socialismo real. Los protagonistas de la Transición no fueron del todo conscientes de la profunda y larga depresión intelectual que se iba a sufrir en todo el espacio empapado por las ideas de la tradición marxista y, en general, por todos los discursos emancipadores sepultados por la revolución conservadora iniciada a finales de los setenta. Vistos hoy en perspectiva, muchos de los debates de entonces nos parecen ejercicios espirituales de sublimación y de impotencia. E. Hobsbawm en *Cómo cambiar el mundo. Marx y el marxismo* (Barcelona: Crítica, 2001), sugería, para tomarse realmente en serio a de Marx, que en el siglo XXI seguramente su figura sería muy otra de la que se usó en los siglos XIX y XX. Empero desgraciadamente la tradición marxista suele situarse entre la nostalgia acrítica del pasado revolucionario (seguir con las mismas organizaciones e ideas como si nada hubiera pasado) y la despavorida huida hacia, como se dice ahora, “lo que hay”. Entre el fundamentalismo de un marxismo esencialista y el pragmatismo del converso a la “economía de mercado”, ayer en la Transición y hoy en plena crisis mundial del capitalismo postfordista, las incertidumbres de la izquierda parecen asumir las reflexiones de Fausto: “No me figuro saber cosa alguna razonable, ni tampoco imagino poder enseñar algo capaz de mejorar y convertir a los hombres (...). Por esta razón, me dí a la magia” (Goethe, *Fausto*, I, 1998, 121).

A la magia de un cambio sin cambio se dedicaron los alquimistas que pilotaron la nave de la Transición. Agradecemos al doctor Andrade Blanco la minuciosa reconstrucción del recuerdo de las fórmulas magistrales utilizadas entonces (el célebre consenso que ahora “ingenuamente” añoran algunos), para que hoy improbablemente sirva de lección (historia es *magistra vitae*), consuelo imposible de nuestros males y acicate para pensar críticamente nuestro pasado y nuestro presente, y lo de aquél hay en éste.

**Raimundo Cuesta**  
**Salamanca, 14 de mayo 2013**